

1.

Desde siempre nos gustan los domingos. Desde siempre nos gusta despertarnos sin el horrible timbre de la mañana que derriba nuestros sueños y los amputa en carne viva.

Nos gusta quedarnos mucho tiempo con los ojos cerrados en la penumbra y envueltos en la suavidad de las sábanas.

Nos gusta desplegarlos lentamente,
lentamente abrirnos
estirarnos,
extendernos.

Nos gusta reencontrar la suavidad de la mano que duerme en nuestro hombro
y sentir que nuestro cuerpo está caliente, sensual, que late, que está vivo, aún adormecido pero vivo, y perfectamente improductivo.

Nos gusta constatar que una larga semana de placeres y deleites violentamente reprimidos nos vienen ahora y hacen que nuestro cuerpo se sienta feliz, más verdadero, más denso y más abandonado. Nos gusta verificar que ese cuerpo que renace no está de ninguna manera impedido,
aprisionado,
trabado,
atado a su indumentaria,
sometido a los gestos repetidos que, cada día, lo echan fuera,
en el ruido,
en el frío,

en el día estridente,
empujado por la multitud,
en las mandíbulas del metro,
en la oficina atrapado por la velocidad demoledora de
las máquinas,

sonámbulo en el despacho con la cabeza llena de números y sometido a las lógicas de la ganancia a cualquier precio,

puesto a disposición.

Tomadlo.

Usadlo.

Agotadlo.

Escurridlo como a un trapo.

Activadlo. Y para eso no se necesitan amenazas, ni flashball, ni 49.3.

Basta con apretar ON.

Desde siempre nos gustan los domingos por la mañana, abrir los ojos y luego cerrarlos, luego abrirlos y cerrarlos, y adormecernos de nuevo.

Nos gusta beber tranquilamente nuestro café.

Acariciar al gato Arthur que se estira.

O a la perra Nana que se sacude.

Escuchar la casa que se despierta, el parqué que gime por encima de nuestras cabezas, los primeros rumores que anuncian el nacimiento del día, y los susurros de nuestros jardines secretos.

Nos gusta observar las grietas del techo que dibujan extrañas figuras por donde la melancolía, a veces, se aventura. Dibujan, esta mañana, un gran barco de vela en el que podemos embarcarnos.

Desde siempre nos gusta permanecer mucho tiempo sumidos en nuestros pensamientos y, en los pasantes apresurados que creen ver en nosotros a unos perfectos imbéciles, posamos una mirada extremadamente idiota que les hace alejarse corriendo.

Nos gusta pasearnos por la casa, en zapatillas despanzurradas y pijama informe. Esa total despreocupación por la apariencia es, en sí misma, un placer.

Desde siempre soñamos volver a vivir la felicidad de esos días de la infancia cuando una fiebre providencial nos obligaba a quedarnos en la cama.

Felicidad por poder librarnos del examen de matemáticas o de la detestada clase de gimnasia.

Felicidad por volver a sentir el frescor de la mano materna que se posaba en nuestra frente y luego acomodaba nuestras sábanas con un gesto tan suave como un beso. Felicidad sobre todo por descubrir los placeres de la lectura, con la espalda apoyada en blandas almohadas, perfectamente indiferentes a todo lo demás, y atrapados, transportados, fascinados por la historia del marino Yann Gaos contada por Loti en su novela *Pescador de Islandia*. Yann Gaos que se ausentaba durante meses lejos de su bienamada para irse a pescar, y pronto se transformaba, con un gran soplo marino, en nuestro abanderado, nuestro héroe, nuestro ídolo, nuestro príncipe proletario, nuestra alma gemela. Nosotros mismos. Ardientes de amor. Sedientos de absoluto. Ávidos de sublime. Embriagados de infinito —el miedo al ridículo por emplear grandes palabras nos llegará más tarde.

O fascinados por las aventuras de pequeño Rémi narradas por Héctor Malo. El pequeño Rémi y su increíble suerte